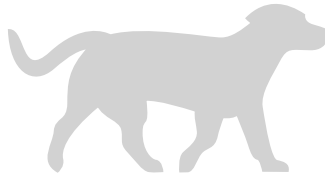
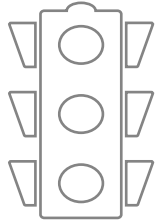
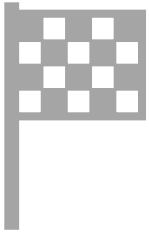
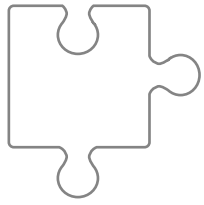


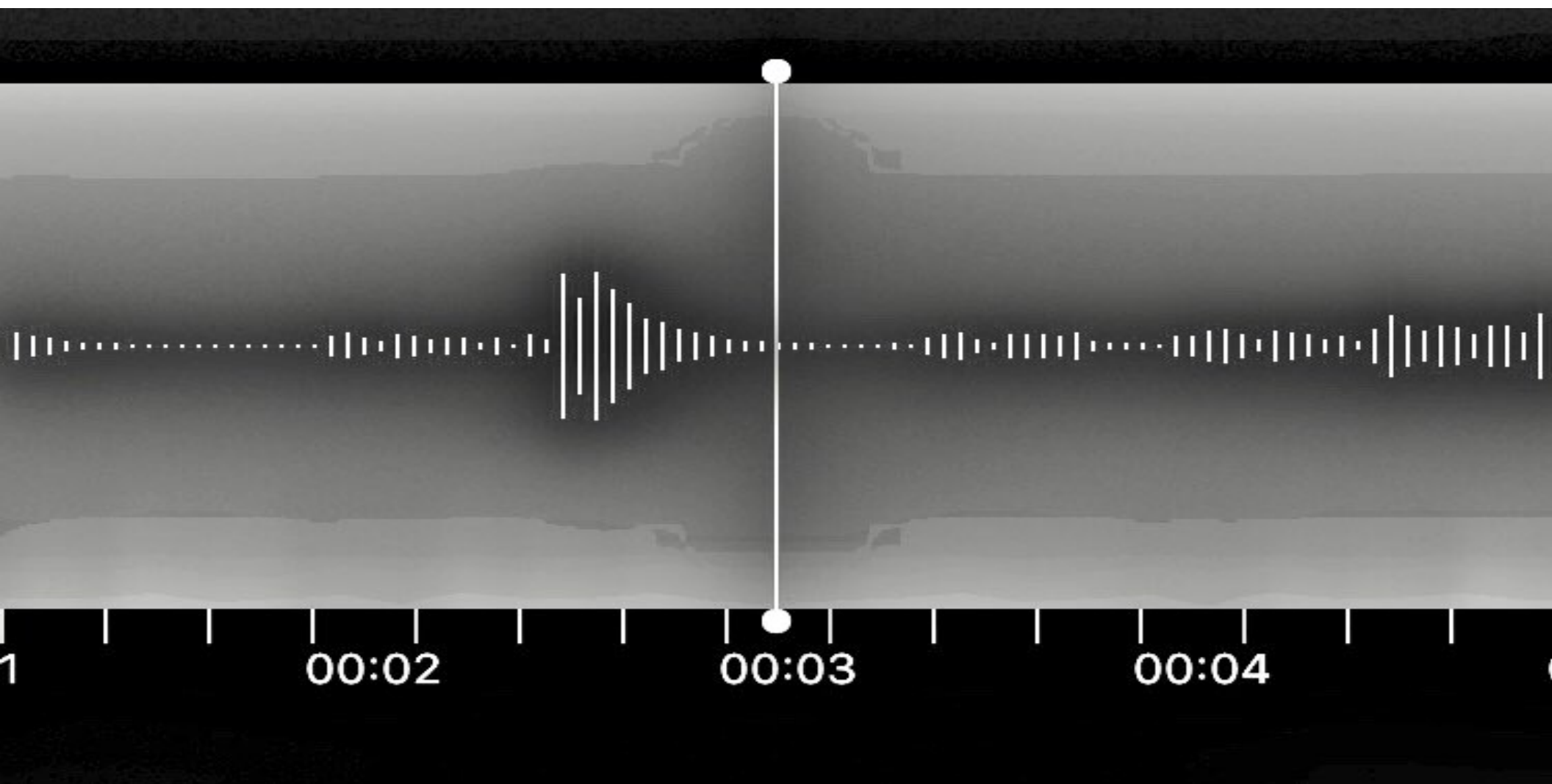


J
j
j
J
u
a
n
a

J u a n a

[Paola Medina, 2018.]

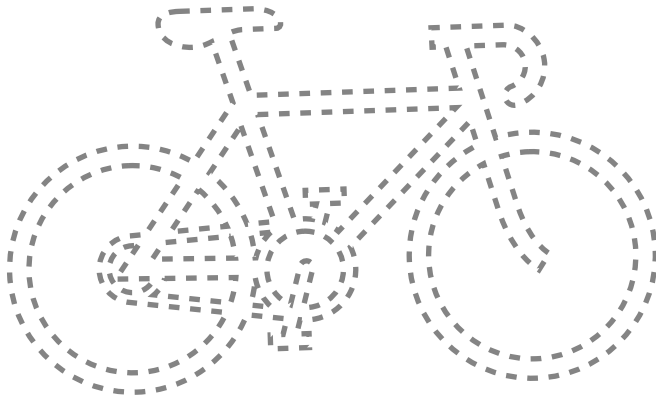




Bb b icycle t-tas

Wagensberg habla sobre los vicios de los científicos y los conversadores.

Habla sobre el vicio de navegación a la deriva (abrir más paréntesis de los que se cierran), habla del horror al silencio, habla de la propensión a usar el turno de palabra ajeno para escarbar entre las recetas blindadas... Habla sobre el *síndrome de la bicicleta*:



“El «síndrome bicicleta» (si dejo de pedalear, me caigo): No hay tiempo para ponerse a pensar (...siempre puede recurrirse a un vicio menor para, como mínimo, arañar algunos segundos para la reflexión: los físicos, por ejemplo, levantan las cejas y, con un leve golpe de hombro, dicen: «¿Y...?»; los biólogos también arquean las cejas, pero con sorpresa, y dicen: «¿Ah, sí?»; los arqueólogos y paleontólogos cabecean con preocupación y dicen: «No creas, no creas...»; los matemáticos fruncen el ceño y murmuran una de estas dos sentencias: «Eso es trivial» o «Eso no tiene sentido»; y no falta el tramposo que cuando se ve acorralado en la conversación prueba desconcertar al adversario con un «¡más a mi favor!»...).”

“Si dejo de pedalear, me caigo”.

Juana tartamudea y el camino por donde anda su bicicleta está lleno de baches y topes y piedras y peatones que se cruzan con imprudencia.

Juana tartamudea cuando se presenta,
(y a veces se cambia el nombre a **Luisa**
porque ese sale más fácil).

Jjj Juana.

Juana tartamudea desde siempre.
Juana no habla mucho desde siempre.

Juana da clases de manejo en una escuela viejísima donde todos los coches arrancan solo el 63% de las veces. Juana jamás tartamudea en sus clases. Las instrucciones están tan practicadas que su bicicleta esquiva todos y cada uno de los baches.

Acelera poco a poco.

Cuidado, esta es 1x1.

A ver, mete 3era.

No olvides espejear.

Pasas detrás del rojo.

Frena, frena, frena, FRENA.

Juana convive todos los días con adolescentes muertos de miedo que dejan el volante todo sudado. Si comparamos los niveles de ansiedad y vulnerabilidad, la disfemia de Juana no tiene lugar en esos autos con dos volantes. En el trabajo, Juana tiene el control total sobre el coche de 1999 y su bicicleta fonética. En el asiento del conductor, día con día, se rota joven tras joven; colándose de vez en cuando algún treintón que decidió que más vale tarde que nunca. Juana fuma un cigarro entre cada nuevo aprendiz

(alguna vez le dijeron que fumar le podría ayudar a hablar sin enfrenones, pero no).

La escuela de manejo era de su padre
y ahora es suya.

Juana aprendió a manejar a los 13.

(por eso nunca aprendió a andar en bicicleta).

Remedios ca Caseros p para Formas de Enunciarse qq que se Ssssalen de... de... de la Norma

Aceite de Brahmi

Almendras

Pimienta negra

Caramelos de azúcar

Mantequilla con pimienta

Sal y miel

Grosella de la India

Bórax con miel

Cassia Fístula

7 Datos Sssobre Jj J Juana

- Juana Ramírez tiene 32 años, es Piscis y es licenciada en Administración.
- Vive sola y tiene un perro (cuando habla con él no tartamudea, Simón no tiene ni idea).
- No tiene teléfono de casa.
- Tiene una media hermana a quien ve 4 veces al año, y un medio sobrino de 4 años. Hay cariño y distancia, pero cariño al fin.
- La vida escolar de Juana es tema delicado. No se discutirá (mucho) en este texto.
- Desear tener hijos, en pleno 2018, le parece una absoluta y ridícula necesidad.
- La abuela de Juana era tan tartamuda que la dejaron muda. A Juana le da miedo la mudez.

Rr reper t-torio

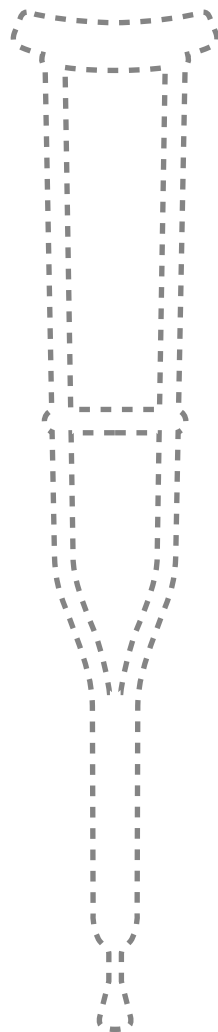
Los prolongados silencios de Juana la hicieron muy buena observadora. Durante todas aquellas conversaciones grupales en las que no quería participar, prefería sentarse a escuchar y simplemente mirar a sus interlocutores. Ale tiene la oreja izquierda ligeramente más grande que la derecha; Sergio necesita ir al oculista, cada vez frunce más el ceño para leer y eso le está sacando arrugas en la frente; Natalia se depila el bigote todos los jueves; Carlos parpadea mucho cuando le preguntan sobre su pareja (Juana está segura de que tal pareja no existe).

Juana tiene un glosario en la cabeza de todas las muletillas de sus familiares y amigos. Están clasificadas en:

1. Frases (*y pues así las cosas...*)
2. Palabras (*esteeee...*)
3. Sonidos (*ummm...*)
4. Gestos faciales y ademanes (**se acomoda el pelo**)
5. Temas particulares de conversación (*el clima, los hijos, los achaques de la edad, el último escándalo político...*)

Así como Wagensberg, Juana es experta en los vicios menores del habla. Tiene un repertorio tan diverso que jamás la escucharán aferrada a una misma muletilla.

Escuchar a Juana tartamudear no cansa. Sí, el sentido de las frases tarda en llegar, pero sus oraciones están tan llenas de topes y baches distintos que da la sensación de ir avanzando a una velocidad francamente agradable.



Indio

Juana va a un bar con dos amigos después del trabajo. Se acercan a la barra y pide, como siempre, una Indio. En sus primeras fiestas, se dio cuenta que Indio es más fácil de pronunciar que Corona o Dos Equis. Y así se quedó.

Se sientan en la mesa de la esquina.
Hablan, ríen y cantan.

A veces, Juana piensa que si no le gustara tanto manejar podría ser una excelente alcohólica.

Unas cosas por otras.

Juana se para a bailar con un desconocido que la invita. La música empuja sus caderas y sus hombros, sin que ella lo pida, de un lado a otro. Se ríe. Juana cierra los ojos y piensa que sus pies son su lengua tratando de pronunciar palabras impronunciables. Su nueva lengua se mueve con una gracia torpe que ella conoce bien. Entre erres y eses pasan las canciones hasta que el desconocido debe de irse, la lleva girando hasta su mesa y la deposita en la silla mareada y a carcajadas.

- ¿Cómo te llamas?
- Luisa.
- ¿Me das tu número?
- No.

Ejercicio: Respiración

“Cuando estamos aprendiendo a realizar la respiración diafragmática, es muy útil acostarse boca arriba cómodamente, posando las manos en el abdomen. Antes de empezar, expulsa a fondo el aire de tus pulmones varias veces, puedes hacer algunos suspiros o exhalar por la boca. El objetivo es vaciarse totalmente de aire residual, lo cual en automático provocará la necesidad de inspirar más profundamente. Una vez provocado este impulso de inhalación profunda, inicia la respiración diafragmática dirigiendo el aire hacia tu abdomen, como si quisieras empujar hacia arriba tus manos (que reposan sobre él). Retén unos instantes el aire, brevemente, sin que haya presión. Cuando sientas la necesidad de expulsar el aire, hazlo relajando tu vientre, este se ‘desinflará’ y las manos bajarán con él. Quédate un instante con los pulmones vacíos, sintiendo cómo te vas relajando; en cuanto sientas nuevamente el impulso de inspirar, hazlo profunda y lentamente volviendo a llenar tus pulmones mientras tu abdomen sube.”



Marat-t-tón

Cuando Juana tenía 15 años, decidió que iba a empezar a correr. No sabía bien porqué, pero sabía que lo quería. Sí. Sonaba bien. Había algo en la idea de correr como ejercicio que le parecía muy ridículo.

¿Como que por qué?

Actualmente existen tantas formas de ejercitar el cuerpo y hay gente que aún decide salir a la calle a correr sin perseguir nada y sin ser perseguido por nadie. Era de verdad extraño, Juana quería entender de donde salía tanta prisa. Se compró unos buenos tenis y un día simplemente empezó. Cuando Juana corría sus piernas se movían solas, era una sensación que la descontrolaba por completo. Corría con un ritmo perfecto, fluido, nunca tropezaba, nunca alteraba su paso inicial. Era una maquinita que parecía que jamás se quedaría sin cuerda. Nunca midió su tiempo ni la distancia que corría, solo se detenía cuando los pulmones empezaban a sentirse raros o cuando alguna ampolla en el pie empezaba a punzar. Cuando Juana corría, se sincronizaba con el ritmo de todas las cosas, no había reloj en el mundo que no basara su marcha en el ritmo en el que los tenis de Juana tocaban el pavimento. Era fácil. Salía solo. Corría cuando le daban ganas, a veces eran todos los días, a veces pasaba un mes sin hacerlo. Corría sin seguir un rumbo y más de una vez tuvo problemas en recordar cómo regresar a casa. Corría por el puro ritmo de correr, por la pura sensación de armonía, por escapar tantito de la disonancia.

No perseguía nada y no era perseguida por nadie.

Abuela

Ernestina Soto nunca se casó, pero tuvo 3 hijos. Ernestina rara vez salía de casa, tenía un par de amigas que iban a visitarla de vez en cuando y le llevaban pan de natas y dulce de calabaza. Le encantaba jugar cartas y pasaba horas enteras planchando la ropa de toda la familia, planchaba hasta las sábanas y los manteles; a Juana le encantaba verla planchar.

A diferencia de la generalidad de las abuelas, la suya nunca fue una mujer religiosa. Juana creció sin imágenes de Cristos tristes en casa, y cuando iba a visitar otros hogares, se le hacía rarísimo ver figuras de porcelana de vírgenes llorando, colocadas en las vitrinas en vez de fotos familiares. Ernestina Soto no hablaba mas que para llamar a todos a cenar, para pedir cosas en el mercado y para dar los buenos días y las buenas noches.

Mientras Juana hacía la tarea de la primaria, su abuela se sentaba junto a ella en el comedor y escribía textos larguísimos con letra cursiva que Juana no podía descifrar. Se terminaba libreta tras libreta. Cada quien vive sus silencios de forma distinta, muchos años después de que la abuela se había ido, Juana entendió que Ernestina escribía por puro instinto de supervivencia. Juana preguntó por las libretas de la abuela hasta el cansancio, pero nadie supo decirle que fue de ellas.

Quizá le hubiera gustado correr.

Quizá de niña corrió mucho y se agotó tanto que tuvo que empezar a escribir.

■ ■ ■

Hay que tenerle miedo a la mudez.